

# TEXTOS Y GLOSAS

## La profundidad ¿dimensión perdida?

### I. Introducción

Cualquier atento observador de la sociedad moderna occidental observa, sin mayores dificultades, que muchas cosas han cambiado en el comportamiento “religioso” de los últimos treinta años. En los Estados Unidos de América, la década de los sesenta se caracterizó por un mayor acercamiento de los fieles a los templos, por la aparición de nuevos departamentos de ciencias religiosas en los “Colegios” y nuevas facultades de Teología en las Universidades, así como por enorme éxito de predicadores de todo tipo. Esto, sin contar el nacimiento de nuevas sectas por doquier. En la vieja Europa, este fenómeno tuvo su eco y resonancia a partir del Concilio Vaticano II dentro del mundo católico.

Aunque la situación en este final de siglo ha cambiado muy considerablemente, y aunque las grandes confesiones religiosas occidentales, de talante eminentemente cristiano, han perdido fuerza y poder político social, nuestro hombre moderno o postmoderno sigue intuyendo y buscando esa dimensión de la profundidad bajo las más diversas formas y bajo los más variopintos parámetros. Aparentemente, y en una observación superficial, podríamos decir que las afirmaciones anteriores son utopías del ayer o afanes caducos por mantener el status del pasado. Sin embargo, los clamores que se levantan por encontrar la fundamentación última de los llamados “derechos fundamentales”: derechos del hombre, derechos del niño, derecho a la cultura, a la sanidad, a la vida, etc,... el clamor de los estudiosos del Derecho por fundamentar los “primeros principios”, parte integrante de las Constituciones políticas de los Estados, de los Derechos Civiles e Internacionales, están demostrando que el alma humana moderna o postmoderna, tan castigada por las nuevas “psicosis” del *tener y poder* que la esclavizan, sigue buscando un *algo* que satisfaga sus más profundas necesidades.

Aunque la respuesta no sea fácil, voy a intentar en estas páginas responder al interrogante del título: *La Profundidad: ¿dimensión perdida?* Ciertamente, la dimensión de la profundidad es, en principio, una metáfora espacial. Lo profundo se opone a lo superficial, a lo vano, a lo cínico, al ir tirando, a esconder la cabeza ante la realidad. Lo “Profundo”, en el sentido que lo vamos a usar aquí, se opone también a lo llamado genéricamente “sobrenatural”. No se trata de indicar una dimensión superior al hombre, no se trata de postular una estructura heterónoma que viene de fuera o de arriba y que deja caer sobre el hombre normas de conducta ética y credos religiosos supra-rationales.

Teniendo esto presente, podemos preguntarnos, ¿qué aplicaciones podemos hacer de esta dimensión de la profundidad cuando se aplica a la vida del espíritu o cuando decimos que está olvidada? Con otras palabras, ¿tiene el hombre actual un punto de referencia último y absoluto a donde dirigir sus miradas? ¿Se puede afirmar una Ética civil con valores serios que canalicen la vida social y que respeten los tan teóricamente defendidos “derechos del hombre”? ¿Qué valores son realmente humanos, en su dimensión última, si es que los hay? ¿Debemos conformarnos con los análisis positivistas de los sociólogos o con los “dogmas” que de ellos hacen derivar los nuevos filósofos? Porque, en verdad, es sumamente triste el dar por hecho una enmarcación meramente formalista y superficial de la existencia humana, en donde se trivializan las cosas más importantes, en donde el Derecho puede convertirse en mero formulismo jurídico en dependencia interesada del poder de turno, en donde la Política puede convertirse en simple juego con reglas marcadas, y hasta en donde la Estética pueda convertirse en mero manejo de formas controladas por grupos de presión con finalidad monetaria. Y es que podemos no tomarnos las cosas en serio y convertir el cinismo en modelo de existencia, poniendo en funcionamiento de manera inconsciente los mecanismos de la perspectiva narcisista.

Estos interrogantes, de carácter socio-comunitarios y de tanta importancia para la vida política y para la convivencia humana, nos llevan también a otras preguntas más radicales y serias de las que el hombre no puede escapar a lo largo de su existencia. Se trata de encontrar respuestas a las cuestiones fundamentales del sentido de la vida: ¿de dónde, hacia dónde, qué hacer en este tiempo limitado que separa el nacimiento de la muerte?

Se podrá decir que tales planteamientos ya no se hacen en muchos ambientes actuales de manera consciente y que el ser humano no da tanto de sí como para pretender encontrar respuestas últimas a preguntas serias. Por eso es por lo que se ha podido afirmar que el rasgo esencial que caracteriza la situación del hombre occidental es el olvido de esa dimensión de la pro-

fundidad. Da la impresión de que nuestra colectividad actual carece de coraje para presentar estas preguntas con seriedad; da la impresión de que solamente hay coraje para prestar atención a las respuestas que vienen ya dadas: aquello que puede ser hecho o visto, comprado, vendido, planificado o controlado técnicamente. Se trataría de limitar la consciencia humana a lo preliminar y transitorio; se trataría de conseguir fines inmediatos de producción y consumo, ordenados a otros fines inmediatos sin finalidad alguna última en sí mismos.

Esta superficialidad descrita no solamente se da en ambientes laicos, ajenos a las religiones; también dentro de las religiones organizadas pueden aparecer estos fenómenos de carencia de seriedad y de profundidad; también las estructuras de las religiones pueden verse infectadas del “cinismo” colectivo y pueden estar inmersas, quizás de manera inconsciente, en un pensar y actuar conducidos por los dogmas del tener y del poder, tan ajenos a la esencia de la verdadera religiosidad. De ahí que la dimensión de la profundidad, planteando la razón última del ser, preguntándose con seriedad acerca de la frontera entre la esperanza y la desesperanza, entre la voluntad de plenitud y la finitud radical, entre la nostalgia de lo incondicional y la contingencia, entre la vida y la muerte,... debe ser considerada como elemento básico de cualquier actividad ética y como elemento sustancial de toda religión estructurada. La profundidad nos debe llevar a un sistema de pensar y actuar, en donde la unidad pueda hacerse realidad, en donde lo sacro y lo profano se aúnen, en donde Dios y el mundo no sean enemigos. Conjugar la integridad sustancial de la conciencia humana con las situaciones ambiguas de la colectividad no es cosa fácil. Y las religiones estructuradas tienden a identificarse con el acierto y con la verdad existencial; difícilmente se someten a la autocrítica y más difícilmente aceptan la crítica de fuera. Con frecuencia han olvidado que la verdad está llena de dolor y tienden a convertirse en nuevos “dioses” que siempre atinan. Las religiones estructuradas corren el riesgo de convertirse en “irreligiosas” siempre que anteponen sus intereses de clase y sus políticas internas a las exigencias de la profundidad humana. Los grupos sociales, decían los antiguos, nacen predicando ideales y terminan defendiendo intereses. Y cuando el grupo se siente anclado en algo “absoluto”, el peligro y el riesgo de la “irreligiosidad” se incrementa de manera considerable. El hombre suele tener con frecuencia vocación de arquitecto de dioses y de ídolos.

## II. Profundidad y dimensión religiosa

De lo anteriormente expuesto se deduce la necesidad de conjugar de manera necesaria la dimensión de la Profundidad con la dimensión religiosa. Ser persona religiosa significa, ante todo, preguntarse apasionadamente (y no sólo intelectualmente) por el sentido de la propia vida, por el sentido de la vida de los otros y por el sentido de la vida misma. Y significa a la vez estar abierto a las posibles respuestas serias que nos puedan venir dadas o que podamos encontrar. Bien es verdad que tales respuestas pueden sacudir nuestro interior en profundidad, pueden poner en entredicho nuestros esquemas mentales antiguamente asimilados y hasta pueden provocar un terremoto en nuestra existencia, liberándonos de las alienaciones ante las cuales habíamos fácilmente capitulado. Las mismas experiencias religiosas que nos ofrece la Biblia en torno a los profetas y al mismo Jesús de Nazaret confirman esta tesis. El sopor y la modorra en que solemos vivir pueden ser puestos en solfa en cualquier momento profundo de la existencia, en cualquier momento de “gracia” cargado de profundidad, en cualquier “tiempo oportuno” del que habla el Nuevo Testamento.

Fue el genio de Paul Tillich el que definió la religión como “el hecho de estar poseído por una preocupación última”. Cuando al hombre que se cree religioso le falta esta dimensión de la “ultimidad”, de lo absoluto (llámese como se quiera este absoluto); cuando le falta esta dimensión crítica y libre de la “Profundidad”, su práctica religiosa puede convertirse en verdadero opio que le aliene de la vida y de la más elemental teología de la creación. “Amar a Dios sobre todas cosas”, tal como reza nuestra Biblia cristiana, implica tener como punto de referencia último ALGO que sobrepasa la ambigüedad de lo humano y las técnicas del marketing. La tentación y el riesgo de muchas formas religiosas, aun a veces cristianas, es el de conferir carácter de absoluto a formas o fórmulas finitas que pretenden encarnar lo Incondicional dentro de las estructuras finitas de la historia y de la sociología histórica.

Por eso, en tanto que dimensión de la Profundidad, la religión verdadera no trata en principio de la fe en dioses concretos. Este concepto serio de religión, anclado en la dimensión de la profundidad, no hace, en principio, referencia directa a organizaciones establecidas en las que se marcan las relaciones significativas-sacramentales de los hombres con Dios. La religión, en su esencia última, es más que eso: ella llega a identificarse con el ser del hombre, ya que cuestiona el sentido de la vida personal y comunitaria, el sentido de la historia y del cosmos. Tener fe es estar afectado por esa “preocupación

última". La psicología religiosa habla de *Ultimate Concern*, habla de "been grasped" por esa preocupación última. Lo penúltimo, lo inmediato, es solamente el prólogo y el medio que nos puede servir de entrada en la dimensión auténticamente humano-religiosa, la dimensión de la Profundidad.

No es de extrañar, por tanto, que algunas personas que se han tomado en serio la vida, se hayan sentido a la vez ajenas a toda estructura religiosa concreta. Al tomar conciencia de que su aspiración más profunda no encontraba expresión en las religiones conocidas, han optado por alejarse de toda estructura religiosa. También los cristianos decimos que el contenido último de la expresión bíblica "Reino de Dios" no puede encontrar cabida perfecta en ninguna forma estructurada. Por eso, la exigencia humana de la expresión de Jesús "buscad el reino de Dios y su justicia" debería aparecer como prólogo necesario del deber existencial de aquellos que nos llamamos "cristianos".

En una famosa homilía a los estudiantes de la universidad de Harvard, Paul Tillich pone de relieve que la sabiduría de todos los tiempos nos habla sobre los caminos que conducen a esa dimensión. Recuerda que los grandes clásicos de la filosofía y de la religión siguen atrayéndonos de generación en generación, porque sus vidas son expresión de un largo viaje en torno a la profundidad. Seguimos viendo y sintiendo en ellos la llamada de esa dimensión que ofrece consistencia a la propia vida, una consistencia mucho más fuerte que la que podemos encontrar en la superficialidad de lo inmediato. "Han descubierto que no eran lo que creían ser. Incluso después de que un nivel más profundo ha aparecido ante ellos por debajo de una superficie borrosa. Este mismo nivel más profundo se convirtió en superficie tras descubrir otro nivel más profundo aún, ocurriendo esto una y otra vez, a lo largo de toda su vida, a lo largo del camino que emprendieron hacia su profundidad" (*The Shaking of the Foundations*, New York 1948). Y si la palabra Dios no nos dice mucho, podríamos traducirla por la palabra profundidad, profundidad de la vida. Si sabemos que Dios significa Profundidad, ya sabemos mucho de él. A partir de ese momento, uno no puede llamarse ya ateo o increyente, ya que está obligado a proclamar: ¡la vida tiene profundidad! Solamente se puede proclamar increyente aquel que afirma con absoluta seriedad la superficialidad y vanidad radical de la existencia. La misma experiencia de la "fuga de Dios", del "vacío en la respuesta" como condición de espera existencial, de búsqueda de realidades últimas como horizonte de nuestro propio vivir existencial, nos abren a dimensiones siempre nuevas, iluminándonos en cada momento con horizontes nunca alcanzados. Podríamos decir, según Tillich, que esa dimensión nos abarca y nos envuelve a nosotros, mejor que decir que nosotros la abarcamos a ella; se resiste a la

verificación y al control racionalista, y hasta podemos tener la tentación de negar su existencia, pero se trata de una “negación fútil”. Ciertamente, es una dimensión ambigua: es a la vez terrible y satisfactoria. R. Ott lo definía el *mysterium tremendum et fascinans*.

Si entendemos, pues, la religión como el hecho de estar atrapados por una aspiración última e incondicionada, necesariamente tenemos que admitir que la dimensión humana de la profundidad es una dimensión eminentemente religiosa. Es más, sin esa dimensión de la profundidad, cualquier práctica religiosa y cualquier estamento religioso estructurado se convierte fácilmente en evasiva a la pregunta radical del ser humano. Si la religión no llega a tocar el fondo y lo profundo de la existencia, será cualquier cosa menos experiencia religiosa verdadera y, tarde o temprano, se convertirá en mecanismo de poder por parte de los que ostentan la dirección y en psicología oprimida para aquel que se siente sometido a los imperativos de la misma.

Una de las corrientes de la Filosofía de la religión, mantenida a través de la historia, desde Platón, Agustín, Buenaventura y la llamada Escuela Agustiniana, afirma que Dios es *prius* en todo, el fundamento de todo ser, de toda verdad. Dios para Agustín es una especie de huella a descubrir y no una tesis a demostrar. Dios viene a ser el presupuesto del problema de Dios y no la solución de un silogismo racional. La profundidad humana viene traducida por luz eterna presente en el hombre, “más presente a nosotros que nosotros mismos”. Con otras palabras, la presencia de lo *Incondicionado* es la presencia en el hombre de un exigencia, de un poder-de-ser último, de unos valores que lo trascienden, de un *logos*. De esa manera, el paso a la fe del Logos Encarnado encontraba un punto de partida en el interior del hombre.

Por desgracia, esta corriente de pensamiento, este modo de hacer Filosofía de la Religión, no triunfó en la historia ante el miedo al inmanentismo o al semi-panteísmo. Y triunfó el modelo aristotélico-tomista con el cual se pierde la batalla del *ser* en su sentido ontológico-profundo. Y al perder fuerza la categoría del *ser*, comienza a ganar terreno la categoría de *persona* en relación a la divinidad; persona ante la cual nos encontramos como ante cualquier objeto. Nace una corriente de Filosofía de la Religión de tipo heterónomo, en la que el hombre debe esperar órdenes que vienen, mandatos, reglamentos de parte de Dios o de parte del estamento eclesiástico que hace sus veces en este mundo. Se perdió la dimensión de la profundidad humana, se perdió la experiencia del *ipsum esse* presente también en todo ser existente; el nominalismo ganó la batalla y el hombre quedó descolgado de Dios, porque quedó descolgado del ser, de la dimensión profunda de sí mismo. Frente a una heteronomía de este tipo, era lógico que surgiera una auto-

mía secular de la cultura. Desde entonces, los dos campos de acción han batallado por separado: lo religioso y lo profano; la transcendencia y la inmanencia; la fe y la razón. Al final del medievo se había establecido ya un frente laico independiente.

Aplicando lo anteriormente expuesto a la situación del hombre medio de nuestro occidente actual, podríamos fácilmente colegir que se le hace muy difícil experimentar esta dimensión de la profundidad del ser. Es más, parece haber perdido la conciencia de esta aspiración. Han sido muchos siglos de distanciamiento del mismo. Y todo aquello que se está tomando como “retorno a lo religioso” no es más que una tentativa desesperada e ineficaz de recuperar la *dimensión perdida*. La llamada “primavera de los brujos” no tiene nada que ver con estas realidades anteriormente expuestas. El tan traído y llevado problema de la indiferencia religiosa debe ser visto desde una perspectiva más amplia; es efecto de una crisis esencial de carencia de sentido porque el hombre no encuentra las raíces que hagan florecer la sustancia del *ser mismo*. Es muy triste la afirmación del Concilio Vaticano II cuando dice: “otros ni siquiera se plantean la cuestión de la existencia de Dios, porque, al parecer, no sienten inquietud religiosa alguna y no perciben el motivo de preocuparse por el hecho religioso” (GS 19). Es la consecuencia última de la diástasis nacida en la Edad Media, de la separación de campos, del olvido de la profundidad humana. No hay que extrañarse de ese desafecto vital por las cuestiones profundas y por la dimensión religiosa.

### III. Causas de esta pérdida de la profundidad

La causa más determinante de esta aparente pérdida de la dimensión de la profundidad no es el que suele aparecer en boca de los predicadores de turno: la pretendida corrupción general de los tiempos modernos. Los hombres de hoy no somos ni mejores ni peores que los de otros tiempos; ni más ni menos impíos que los de ayer. Quizá fuera bueno pensar que si el hombre actual ha perdido, al menos en su conciencia normal, esta dimensión de lo profundo es debido a la naturaleza de su relación con el mundo y consigo mismo.

La moderna sociedad industrial y tecnológica en que estamos instalados e implicados nos orienta en una sola dirección: la dimensión de la horizontalidad. Ciertamente que no tenemos derecho a minimizar la enorme fuerza que sostiene este movimiento técnico actual; nunca como ahora el hombre ha dispuesto de medios para comprender y transformar el mundo. Tenemos conciencia de este poder y hasta nos da miedo del mismo, viendo como

vemos las ambigüedades ético-sociales que pueden dimanar del campo de la investigación. El hombre cambia el mundo que tiene ante sí, pero esta metamorfosis le cambia también a él; le convierte a la larga en instrumento del proceso y del progreso, pudiendo llegar a perder la conciencia de fin en sí mismo en cuanto ser humano, según expresión de Kant.

El pluralismo cultural de nuestra sociedad es enorme. Y detrás de gran parte de esa oferta pluricultural aparece la economía como motor invisible, que intenta ofrecer sentido humanista a casi todo. La función que antiguamente cumplía la religión, viene ahora suplida por el entarimado de la oferta continua. Con otras palabras, la dimensión horizontal o la razón instrumental ha devaluado enormemente la filosofía, la reflexión, el planteamiento de la profundidad. Tan hondo ha calado esta dimensión instrumental que hasta la misma filosofía como asignatura ha sido devaluada en los últimos tiempos. Prima la filosofía de la calle, el reaccionar de la gente, la sensación inmediata, el gusto por el presente, la apariencia externa.

Hay claros ejemplos de esta situación. En el trabajo profesional, en la familia, en los viajes, en la mayoría de los grupos, en las reuniones y conferencias, en la lectura de los medios de información, en la radio y televisión,... en fin, la vida cotidiana misma constituye un ejemplo perfecto de una existencia desprovista de profundidad. Y es muy difícil hacer esta experiencia y este viaje a lo profundo sin un mínimo de paz para encontrarse consigo mismo. Esta parece ser la razón última del olvido de la dimensión seria y profunda de la existencia, la dimensión de la profundidad, de la significación profunda, verdadera y universal de lo religioso.

Y olvidando esta dimensión, olvidamos también la significación de los símbolos que la expresan. Se está dando una devaluación de los grandes símbolos de las religiones occidentales, al menos dentro del cristianismo y del judaísmo. Los mismos teólogos y creyentes en general han ido perdiendo el significado profundo de los símbolos bíblicos; el literalismo ha destrozado el mensaje profundo de los símbolos religiosos. Da la impresión de tener que ser un experto exégeta para poder interpretar y traducir el significado profundo de los símbolos bíblicos.

La realidad debería ser de otro modo. Pertenecer a un grupo religioso debería implicar, como premisa, recibir una información precisa intelectual y existencial del contenido simbólico de esa religión. Y, por desgracia, no es así. La mayoría de las personas religiosas adultas mantienen un literalismo exagerado; lo cual les impide profundizar en el significado de aquello que dicen creer. Y cuando la persona, en base a su maduración intelectual, no puede soportar el literalismo de los símbolos, y no tiene fácil acceso a una nueva reinterpretación de los mismos, se ve como forzada a aislarse y a esca-

par de las manifestaciones públicas de esa religión. El lenguaje sigue siendo un grave problema en las religiones occidentales. Los símbolos en tanto están vivos en cuanto son traducidos en la dimensión de la profundidad. Cuando los símbolos son transportados al campo de la horizontalidad, y son puestos en el mismo plano que los otros hechos horizontales, pierden su enorme significación y comienzan a carecer de sentido último.

Los grandes símbolos de la creación, del pecado original, de la redención y de la escatología, propios de las religiones bíblicas, se han devaluado enormemente a nivel sociológico. Y va a ser muy difícil recuperarlos a nivel de religiosidad de masas. El símbolo de la creación indica la razón última y divina de todo ser; pero si se le traduce en dimensión meramente horizontal, hacemos de él una narración de acontecimientos del pasado, del cual no existe prueba alguna científica y que contradice las nociones más elementales de la ciencia. El símbolo del pecado original expresa la alienación del hombre y del universo, su ambigüedad y limitación, su necesidad de razón última. El hombre no es lo que debería ser; en el hombre anida un sueño de paraíso perdido, una nostalgia de felicidad y plenitud, una constancia existencial de finitud y de límite. Si lo horizontalizamos, lo convertimos en la historia de una pareja humana que vivió en cierto país en el principio del desarrollo de la raza. Y lo que bíblicamente es la descripción más bella y más profunda de la esencia y de la psicología humana, lo convertimos mediante el literalismo en una fábula que no dice nada a casi nadie. La misma redención bíblica, especialmente la cristiana en torno a la figura del Cristo salvador, la podemos convertir simplemente en una especie de juicio con sentencia favorable en base a un precio apropiado de rescate. Y así dejamos en la oscuridad el enorme potencial liberador de Jesús-El Cristo como Hombre Nuevo que nos abre a la plenitud de la humanización y nos provoca a la confianza plena en lo Profundo (Dios Padre, en su experiencia). La misma idea de Dios y los símbolos que usamos para hablar acerca de Él expresan la aspiración profunda del ser humano; y si lo reducimos al plano horizontal convertimos a Dios en un Ser, al lado de otros seres, cuya existencia o no-existencia necesita demostración. La querrela histórico-ideológica en torno a la demostración racional de la existencia de Dios es un signo lamentable de la pérdida de esta dimensión de la profundidad humana.

#### **IV. Posibles salidas ante la situación**

El ser humano no puede dejar de ser lo que en esencia es; no puede taponar del todo la dimensión de lo profundo y del interrogante; tarde o temprano

no tendrá necesidad de respuestas serias a preguntas radicales. Ya decía Hegel que la religión es como Dios: inmortal. Cuando se intenta huir de las preguntas, éstas se convierten en sombra permanente; y el que intenta hacerlo conscientemente, terminará por autodestruirse o por caer en un raquítico cinismo. Por eso, de manera consciente o inconsciente, el hombre reacciona ante esa situación de diversos modos:

a) **Búsqueda de seguridades.**

Este *homo sapiens* es previsor; intuye los peligros, busca siempre salidas, trata siempre de dejar una gatera abierta por donde huir y librarse del peligro. Y trata de justificar sus propias opciones mediante la razón y los mecanismos innatos de defensa. Uno de estos mecanismos es la búsqueda de seguridad o seguridades. En nuestro mundo actual, muchos buscan la seguridad como nuevo dios, como valor supremo, como absoluto ante el cual capitular totalmente. Y en ese esfuerzo titánico, hasta logran atenuar la clarividencia de la propia conciencia refugiándose en los nuevos paraísos de los grupos con carácter más o menos “sectarios”; buscan amparo en el autoritarismo ideológico del líder que ofrece seguridades, liberación de angustias y de interrogantes; optan por la entrega sin reservas. Tales líderes suelen presentarse con caracteres cuasi-divinos, con fuerzas especiales, teniendo por emblema la reconquista del interior del hombre y retando a una sumisión también cuasi-religiosa de cuerpo y alma, de inteligencia y voluntad, de bienes terrenos y de afanes sociales. Dado que la mayoría de los mortales siguen sintiendo la nostalgia del “paraíso perdido”, se les presenta la oferta de un nuevo paraíso, el paraíso de la seguridad, el re-encuentro del *status* infantil de dependencia y seguridad. Y tratan de reemplazar la dependencia y seguridad paternas por la entrega de la propia vida a otro tipo de dependencias tranquilizadoras que actúan como opio dentro de su interior. Se renuncia a la intensidad vital personal, al enfrentamiento con la propia vida. Se prefiere admitir la propia capitulación en aras del grupo salvador, en aras de una ideología absorbente o en aras del líder de turno; se renuncia a toda actividad que implique libertad y riesgo y se pone en funcionamiento otra serie de actividades que llevan al olvido de uno mismo. El ansia de seguridad puede llegar a tal extremo que hasta la propia duda, la natural duda, queda ahogada por miedo a perder la tan anhelada seguridad. Cuando se cae en esas redes, en principio no suele haber problemas de pérdida de intensidad vital. La seguridad del regazo, el sentirse liberados de pensar, la fuerza que propicia el grupo y el líder son de tal magnitud que se creen haber encontrado la razón última de sus vidas y la solución a todos sus problemas. Como es lógico, en esta tesitura, el fanatismo y el dogmatismo dominan a la persona

de manera plena. Y aquellos que no están dentro de esa concepción de la propia vida son considerados como de segunda categoría, como perdidos y abocados a una ruptura interior de ruina y muerte. Puede llegar a tanto este dogmatismo inconsciente que se llegue a perder hasta la más elemental referencia ética de los valores humanos y religiosos más elementales. El ansia de seguridad termina por ahogar la propia alma, convirtiendo al individuo en miembro de un redil cuasi-anónimo en donde ya no existen ni preguntas personales ni respuestas personales.

#### **b) Narcisismo encubierto**

Sociólogos, psicólogos, psiquiatras, analistas del contexto contemporáneo han analizado la aparición y desarrollo progresivo de esta actitud de muchos humanos de nuestros días. Se trata de una autosatisfacción personal, sin tener en cuenta al otro y sin referencias al ayer ni al mañana. Viene a ser un individualismo al margen de toda comunicación profunda y de toda mística humana; al margen de la humanidad como grupo. Se ignora el drama ajeno. El narcisista mira solamente su propia sombra, su bienestar personal, ajeno a toda sensibilidad social y política, ajeno a toda economía de grupo. Trata de rentabilizar al máximo su propio yo, de amarse a sí mismo hasta el extremo de poder prescindir del otro, a no ser como instrumento del placer personal. El “narciso” exige solamente prestación de servicios, instrumentalización del prójimo. Capitulará cínicamente ante el superior y se servirá de los iguales para el propio provecho. Difícilmente llega a penetrar en el interior de nadie, ya que no le interesa; trata de estar ajeno a las vivencias, inquietudes, dolores y añoranzas del prójimo.

Es una enfermedad que se ha extendido en los decenios últimos. Y se nos habla de sociedad moderna, hedonista, permisiva y narcisista en todos los aspectos: laborales, profesionales, afectivos, económicos, etc. La mística de la comunidad y de la solidaridad quedan en el olvido ante la necesidad imperiosa del goce y disfrute individual. Es más, da la impresión de estar en una situación de alejamiento emocional, de huida del sentimiento (*the flight from feelings*), de colocarse al abrigo de emociones que puedan ocasionar preocupación o disgusto interior. El “narciso” enamorado de su propia imagen es capaz de justificar lo injusticable, es capaz de la mentira y de la calumnia; se va creando una psicología en la que el bien y el mal depende exclusivamente del usufructo a conseguir. Bacon decía que el egoísta es capaz de quemar la casa del vecino para freírse un huevo. Algo así podemos decir del narcisismo extremado. El afán por salvaguardar el propio “yo” puede llevar a arruinar la vida, la dignidad y la libertad de otros muchos.

Tales “narcisos” suelen autoproclamar su liberación interior, su seguridad personal, su capacidad de vivir a espaldas de las contingencias históricas y sociales. Pero con frecuencia dan la sensación de estar lamiéndose como gatos al sol, envueltos en un egoísmo continuamente activado que les castra gran parte de su propia vida espiritual. La postura narcisista es enormemente sibilina y hace acto de presencia en todos los espectros de la sociedad: políticos, profesionales, solteros, casados y separados, varones y mujeres, hombres de iglesia y servidores públicos. Su aparente autonomía no les ha ayudado a ser más felices y más sensibles, simplemente les ha ayudado a regar el camino de lágrimas ajenas. Y con frecuencia, al final del camino caen en la cuenta de que ellos mismos son “sepulturas y huelen a cementerio”.

### c) **Pesimismo como estética**

La civilización supertécnica nos invita en cada momento a la producción y al consumo. Alguien debe estar interesado en ello. La lucha por mejorar la vida se ha convertido en lucha por un almacenamiento de bienes y por un consumo de los mismos. Muchos de nuestros vecinos viven en la actualidad una existencia sin significado consciente; viven con significados menudos sin centro alguno de referencia último. Esto se ve perfectamente en las manifestaciones culturales de nuestros días. La escultura, la pintura, la literatura, la música y las artes plásticas nos muestran un hombre semi-roto, en encrucijada continua, carente de armonía interior y de esperanza cierta, sin norte y sin dominio de la propia vida. Y no obstante, muchos de nuestros contemporáneos se sienten más o menos satisfechos dentro de esas realidades, al menos en períodos largos de su vida. Los procesos educativos crean jóvenes capaces de adaptarse al sistema de la producción y del consumo. Da la impresión de haber desaparecido el carácter trágico de la existencia y se confía al propio sistema la realización de la justicia universal. El hilo umbilical con la transcendencia parece haberse cortado. El mundo y la vida son así; y si alguno se opone, se le aparca.

Pero cuando este hombre ha llegado a una situación en que, de algún modo, tiene asegurada la subsistencia de cada día, la propia y la de los suyos; cuando la exigencia inmediata está satisfecha y se ha perdido el atractivo por el esfuerzo cotidiano; en ese “momento oportuno” el ser humano revuelve dentro de sí mismo y comienza a lanzar al aire las grandes preguntas de la existencia. Este juego interior suele aparecer de manera consciente en aquellas personas que profesionalmente han tenido acceso a formulaciones serias de la existencia; y aparece de manera inconsciente en todos aquellos que han pasado de largo sobre esos temas durante gran parte de su vida a causa de un agobiante esfuerzo por subsistir.

Llega un momento en que el mismo hombre se convierte en problema y necesita respuesta a preguntas radicales sobre sí mismo, sobre su futuro, sobre su razón de ser. Y por más que los modernos “salvadores” inviten a escapar de los PORQUÉS, aparecen situaciones límites que conmocionan lo más íntimo del alma. El drama de la muerte, de la enfermedad incurable, de la desaparición de seres queridos y del sufrimiento de los inocentes se hace presente casi sin querer. Y no se ha encontrado la panacea ni la aspirina que haga huir el dolor, el llanto, el desespero y los interrogantes.

Lo curioso es que en estos últimos decenios nos encontramos con realidades curiosas. Ante esta situación, el pesimismo como estética, la aceptación del sin-sentido último, el cierre absoluto a todo futuro, el callejón sin salida, la resignación como meta,... pueden ser posturas-límites que impiden ir más allá. De una manera o de otra, se presiente el triunfo de la nada. Y se adopta esa postura *pesimista* como postura estética asumida, con un talante estoico desconocido en la historia del pensamiento occidental. Nos encontramos con “héroes absurdos” que se ríen de su propia sombra, de sus propios años, de sus achaques, y hasta de su final, con una impasibilidad carente de esperanza. No tienen conciencia de culpa, no tienen necesidad de perdón, no sienten tampoco el desespero; han pactado con el pesimismo estético y parecen no sentir necesidad de nada más.

#### d) Profundidad humana y Cristianismo

Las tres soluciones anteriores nos parecen soluciones cortas y menudas, de las que abdican las mentes más claras de nuestro tiempo. Poner en entredicho la propia libertad interior, sentirse “narciso” continuado cuando se vive en medio de la tragedia y del dolor de la humanidad, optar por el pesimismo –aunque sea estético– como tesis última,... no parece un panorama halagador que plenifique las ansias íntimas del corazón humano. Vivir en continuo entredicho, proclamar la inseguridad y la desesperanza como meta, no es ciertamente un buen producto de venta. De una manera o de otra, el hombre se siente llamado continuamente a emitir juicios de valor, a hacer afirmaciones serias, a cuestionarse todo o casi todo. Con otras palabras, tiene vocación de *profundidad* y no se encuentra satisfecho con las vanalidades inmediatas, con las superficialidades ni con el cinismo ramplón. Sigue sintiendo la propia fragilidad y la llamada a la unidad, sigue juzgando lo actual en aras de algo eterno; es consciente de su soledad porque intuye una solidaridad; experimenta el posible sin-sentido porque intuye una razón última. Peter Berge nos hablaba de “rumores de ángeles” o “signos de trascendencia”. Rumores y experiencias que, a pesar de la enorme fuerza de la dimensión horizontal de la cultura moderna, apelan a un algo serio, profun-

do, cuasi-absoluto, escondido en el corazón del hombre. El hombre se experimenta como verdadero hombre ante aquello que le sobrepasa, ante la experiencia incontrolable del misterio, ante la pregunta para la que no tiene respuesta técnico-matemática.

La apologética cristiana debería partir de ahí en las actuales circunstancias. Lo cristiano debería aparecer ante todo como lo *profundo*, como el mensaje que se ocupa y preocupa de manera incondicionada de la profundidad del hombre. La carga de profundidad que encierra el evangelio de Jesús de Nazaret debería aparecer como respuesta esencial a las preguntas radicales de nuestro hombre contemporáneo. A la vez que nos lamentamos de la diástasis abierta entre la cultura moderna y el cristianismo, deberíamos preguntarnos también si nuestra formulación actual de lo religioso-cristiano responde a los interrogantes, preocupaciones e inquietudes de la cultura de nuestro mundo. Al parecer, los cristianos estamos vendiendo bastante mal un producto necesario y bueno. Lo que el hombre medio de nuestro mundo capta de lo cristiano resulta a veces grotesco e infantil. Convencidos como estamos de que la religión vive tanto como el hombre y de que no puede desaparecer de la historia humana, se nos invita a un esfuerzo creativo para convertir en realidad fáctica lo que defendemos como tesis de salida. Nadie es capaz de captar una respuesta si no tiene conciencia de la pregunta. Los grandes apologetas supieron traducir el mensaje humanista del evangelio en las categorías de su tiempo y supieron ofrecer una respuesta a los interrogantes que planteaban sus coetáneos.

Cuando el Concilio Vaticano II hablaba de “los signos de los tiempos” estaba invitando a formular una nueva teología de la cultura. La misma teología kerigmática no puede perder de vista la cultura de cada tiempo y espacio, ya que debe ser en su formulación una teología en situación, *hic et nunc*, cuya función es decirnos lo que significa la palabra de Dios para una cultura concreta, en un momento particular de la historia humana. La visión cristiana del hombre nos debe llevar a ver en toda expresión cultural una expresión del sentido profundo de la existencia. El mismo vacío radical, la misma duda radical, la misma seriedad del ateo serio, llevan consigo afirmaciones últimamente religiosas al *afirmar* la posibilidad de una *afirmación* radical. Necesitamos urgentemente una teología de la cultura para nuestro hoy; necesitamos dejarnos impregnar del pensar y del sentir del hombre. Dios se hace presente en la historia y la comunidad cristiana vive en el mundo y para el mundo; y debe ejercer este ministerio sagrado de la mediación: descubrir en las creaciones culturales la substancia religiosa. Hasta el mismo *vacío sagrado* de nuestros días expresa la preocupación última en *cualidad de espera*. Analizar este vacío, interpretar su tensión hacia lo profundo, puede ser el

modo en que el hombre moderno esté manifestando su dimensión *religiosa*. Con frecuencia, detrás de la aparente radical profanidad se esconde la huella de la preocupación última, de la profundidad. La pregunta para nosotros sigue siendo válida: ¿qué hacemos las iglesias cristianas ante esta cultura autónoma? ¿Cuál debe ser nuestro cometido en las presentes circunstancias? La teología tiene de nuevo una gran misión en sus manos. Después de la segunda guerra mundial Paul Tillich decía en Berlín: “Durante casi doscientos años la teología se ha visto en la desgraciada situación del combatiente que se bate en retirada en una situación insostenible, viéndose obligado, después de todos sus esfuerzos, a rendir la plaza. Ahora debe asumir nuevamente la ofensiva, después de haber abandonado y hasta sacudido de sus pies el polvo de aquella insostenible heteronomía. Debe luchar bajo la bandera de la *teonomía*, y con esa bandera triunfará, no combatiendo contra la autonomía de la cultura, sino contra la profanación, el agotamiento y la desintegración de la cultura de estos últimos años”.

Alfonso GARRIDO SANZ, OSA  
Estudio Teológico Agustiniano  
Valladolid